



*Rafael Alberti*

*infancia. Infancia, niño vuelvo a ser y soy, perdido tan mayor, en lo más grande. Leyenda inesperada. Dulce como la luz es el amor, y esta New York es igual que Moguer, es igual que Sevilla y que Madrid. Puede el viento, en la esquina de Broadway, como en la esquina de las Pulmonías de mi calle Rascón, conmigo; y tengo abierta la puerta donde vivo, con sol dentro. Dulce como este sol era el amor.*

Y Manuel Altolaguirre. Y Emilio Prados, malagueños los dos, frente a las costas berberiscas, desde los litorales de su Málaga, Emilio, oscuro, lleno de galerías secretas, de torturados subterráneos en busca de la luz, después de tantos años de exilio, sin retorno.

*Cierro los ojos. El sueño,  
por ellos baja a escuchar  
dentro de mi corazón,  
el viento oscuro del mar.*

*¡Ya no podré despertar!  
¡Ya no sabré despertar!*

Tenía sesenta y tres años cuando murió en México.

*¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!*

Es otro malagueño el que ahora canta, José Moreno Villa, nostálgico, más que nunca cuando se le iba acercando la muerte, de las orillas de su mar reverberante de luz y limoneros.

*No vinimos acá, nos trajeros las ondas.  
Confusa marejada, con un sentido arcano,  
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.*

*Ya estamos en la playa nueva. La misma arena,  
el mismo rizo acompasado de la dulce orilla,  
los mismos vagorosos pájaros de la otra.*

*Nos llevarán las ondas. Nos llevarán las ondas.  
Nos llevarán las ondas no con bolsas repletas,  
no con sacos de oro ni tanques ni aviones.*

*Dejaremos la tierra del azteca y del inca  
después de dar la sangre, el sudor y los huesos,  
después de haber sembrado en medio de volcanes  
lo mejor de nosotros, el beso y la palabra.*

José Moreno Villa murió en México, el 25 de abril de 1955, dos días después de la fecha en que murió Cervantes y con su misma edad: sesenta y nueve años.

Y allá, en la República Argentina, Juan Larrea, aquel vasco difícil y secreto, grande en su nueva palabra poética, exaltador de Rubén Darío y delirante de César Vallejo, el genial peruano. Y también, descansando para siempre al borde de las ondas del mar de Puerto Rico, contemplando ese mar que tanto contempló, Pedro Salinas, muerto en Boston a los sesenta años.

*De mirarte tanto y tanto,  
del horizonte a la arena,  
despacio,  
del caracol al celaje,  
brillo a brillo, pasmo a pasmo,  
te he dado nombre; los ojos  
te lo encontraron, mirándote.  
Por las noches,  
soñando que te miraba,  
al abrigo de los párpados  
maduró, sin yo saberlo,  
este nombre tan redondo  
que hoy me descendió a los labios.  
Y lo dicen asombrados  
de lo tarde que lo dicen,  
¡si era fatal el llamártelo!  
¡Si antes de la voz, ya estaba  
en el silencio tan claro!  
¡Si tú has sido para mí,  
desde el día  
que mis ojos te estrenaron,  
el contemplado, el constante  
Contemplado!*

Luis Cernuda hizo casi dos años de guerra en el frente de Guadarrama, sobre unas alturas desde las que contemplaba el monasterio de El Escorial. Sevillano, fino, difícil, sorprendente, dédalo en claroscuro y transparente laberinto interior como su barrio sevillano de Santa Cruz. Creo que Cernuda fue el poeta que más sufrió en el destierro, aunque él pretendiera, al final, no querer acordarse de su patria andaluza.

*Lirio sereno en piedra erguido  
junto al huerto monástico pareces.  
Ruisenior claro entre los pinos  
que en canto silencioso levantara.  
O fruto de granada, recio afuera,  
más propicio y jugoso en lo escondido.  
Así, Escorial, te mira mi recuerdo.  
Si hacia los cielos anchos te alzas duro,*

*sobre el agua serena del estanque  
hecho gracia sonrías. Y las nubes  
coronan tus designios inmortales.*

*Recuerdo bien el sur donde el olivo crece  
junto al mar claro y el cortijo blanco,  
mas hoy va mi recuerdo más arriba, a la sierra,  
gris bajo el cielo azul, cubierta de pinares,  
y allí encuentra regazo, alma con alma.  
Mucho enseña el destierro de nuestra propia tierra.*

Estas estrofas que he leído pertenecen al poema *El ruiseñor sobre la piedra*, que escribió Luis Cernuda en Inglaterra, antes de trasladarse a México, donde murió, repentinamente, a los sesentaún años.

*¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!*

Cara de haber, sí, pero de dulce, y sobre todo en aquellos terribles años, nada, hubiera sentido León Felipe, el más viejo, pero sin edad, la voz embravecida del viento, el más exaltado, el más quijotesco, cervantino de todos, que sintió su largo destierro de España como un infinito cautiverio en Argel, blasfemando y gritando, arremetiendo en sus poemas contra los molinos, alzándose siempre heroicamente, sin perder el impulso de la sangre, el que se vino dejando Panamá, en donde por primera vez en su vida era profesor, con más de cincuenta años, a luchar por Madrid, poco después del inicio de la guerra, el que en momentos de desánimo había suplicado a Don Quijote viéndolo pasar, caballero solitario por la meseta castellana:

*Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma llanura,  
en horas de desaliento así te miro pasar,  
y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura  
y llévame a tu lugar,  
hazme un sitio en tu montura,  
que yo también voy cargado  
de amargura  
y no puedo batallar.  
Ponme a la grupa contigo,  
caballero del honor,  
ponme a la grupa contigo  
y llévame a ser contigo  
pastor.  
Por la manchega llanura  
se vuelve a ver la figura  
de Don Quijote pasar...*